

DESPUES DE CIEN AÑOS VOLVIO A SU ERMITA...

RAMON MUGICA



Era allá por el crudo invierno del año 1874. Ya muy entrada la noche y por el camino antiguo de Rentería a Goizueta a su paso por Oyarzun en medio de una ventisca de nieve avanzaban pesada y lentamente un puñado de hombres. Iban de dos en dos, separados unos de los otros portando unas farolas que debido al fuerte viento parecían apagarse y volverse a encender. Todos, menos el primero que caminaba solo, portaban armas. Sus andares ya inciertos y sus respiraciones fatigosas, denotaban que la interminable caminata debía tocar a su fin.

Pronto vieron una mole oscura y enfrente otra más pequeña. Acababan de llegar al caserío Ozentziyo. Según iban llegando se fueron arrodillando o mejor dicho dejándose caer extenuados apoyándose en la húmeda pared del pequeño edificio que parecía una ermita. El silencio era interrumpido sólo por unas inoportunas toses, las respiraciones jadeantes y algún que otro quejido.

Una vez que llegaron todos, el primero escarbando en la nieve y cogiendo dos guijarros los lanzó suavemente a una de las ventanas del caserío. Era la señal convenida. Se encendió una luz, luego otra y otra... Un rumor de pasos acelerados, un ligero silbido y se abrió el enorme portalón. Un «gabon» lacónico y unísono, que más bien parecía un alarido fue contestado por todos y después de dejar los fusiles a la entrada fueron sentándose uno a uno en el suelo de la cocina y apretujándose al lado de la chimenea, cuyas cenizas no totalmente apagadas, pronto se reavivaron y se agigantaron al prender los haces de leña seca que la hacendosa «etxekoandre» acababa de traer. Poco a poco fueron apareciendo somnolientos el patrón, los tres varones y las dos hijas del caserío. Del arcón del cuarto próximo fueron trayendo ropas viejas pero limpias, alpargatas, camisas, calcetines, etc.

Aquellos hombres medio aturridos por tantas atenciones, parecían fantasmas que habían surgido de la nieve. Sus rostros lívidos, sus barbas hirsutas y llenas de nieve, sus miradas febriles, sus boinas blancas que empezaron a sacudir, sus ropas empapadas, sus pies, envueltos en unos pingajos de tela sanguinolentos y unas alpargatas totalmente deshechas, eran todo su equipaje. Aquellos gigantes habían caminado horas y horas, venían desde Aya subiendo montes y atravesando valles, evitando encuentros, poblados y aldeas, para no ser avistados por las tropas liberales. Su meta era juntarse en Arritxulegui con el resto de las tropas.

Al rato, el que hacía de jefe y se mantenía de pie en medio de la cocina, y no aceptaba nada hasta que atendieran a su gente, rompió a hablar y a animar a sus muchachos. Aquel hombre de mediana estatura, de complexión fuerte, barba negra, mirada profunda, boina bien ceñida y no grande, calzón gris corto y ancho, medias azules y alpargatas rotas apoyando sus manos y brazos en su inseparable «makilla» era el famoso guerrillero Manuel Ignacio Santa Cruz Loidi, el Cura de Santa Cruz.

Las hijas de la casa acarrearón toda clase de baldes, palanganas, barreños y vasijas de cobre que llenaban afanosas, cogiendo agua caliente del enorme puchero que colgaba en el fuego, y los ponían a los pies de aquellos hombres que iban descalzándose y aliviando el dolor de sus ateridos pies con el agua templada.

El amo trajo unos kaikus de leche recién ordeñada. Las hijas repartieron «talua» y aquellos valientes fueron devorando todo lo que les ponían por delante. Afluyeron las conversaciones, empezaron las bromas y entonces accedió el Cura a que se le atendiera a él. No sabía cómo agradecer a aquella buena gente sus desvelos y gozó de la misma frugal cena con verdadera fruición.

Luego pasaron a los establos donde a los cinco minutos roncaban todos tapados con mantas. El oloroso heno y el calor que despedía el ganado caldeaban el ambiente. Como siempre, Santa Cruz se apretujó en una silla y durmió junto al hogar en la cocina, a pesar de que le fuera ofrecida una cama por el «gizon» de la casa.

A la mañana siguiente al romper el alba, ya mudados y con figuras de hombres, fueron apareciendo en la cocina. El primero en entrar y dar los buenos días a la dueña y a sus hijas fue José Ignacio Recalde y Michelena alias «Xabalo», luego fueron entrando José Ignacio Zapirain y Oyarzabal «Erreteitxiki», José Antonio Odriozola y Segurola «Albistur» y así hasta diez que formaban la guardia de Santa Cruz. Después de reponer fuerzas y vaciar nuevamente los «kaikus» rebosantes y dar las gracias por las molestias ocasionadas, salieron de la casa y guiados por su jefe entraron y se arrodillaron en la ermita, rezaron durante un rato... y a caminar otra vez. Seguía nevando intensamente..

Todos conocíamos hace años la ermita de Ozentziyo, en nuestras excursiones montaÑeras y atraídos por lo original de su construcción sacábamos fotos de la misma. Cada año se iba deteriorando y cayendo. Dentro se fueron agolpando el heno y los aperos de labranza, el techo se fue hundiendo y las zarzas y las ortigas la fueron ahogando poco a poco. Siempre al pasar la veíamos más desolada y un resquemor y una como rabia nos inundaba el alma, hasta que unos hombres buenos guiados por mi buen amigo Manuel Elicechea hicieron la promesa de levantarla y reconstruirla y... allí está remozada y alegre con esa gracia que le da la arquitectura un tanto reducida pero ágil y airosa.

Muchas veces me he preguntado a quien veneraban aquellos rudos hombres del famoso guerrillero en la pequeña iglesia. Alguien me dijo un día que estaba dedicada a San Gregorio, pero nadie me lo pudo asegurar a ciencia cierta.

Pasado el tiempo en una de mis habituales visitas al Valle de Oyarzun empecé a hablar de este tema, en casa de los Iriarte «Antonenuk» y hablando hablando, me dice Marichu «¿Quiere Ud. ver a la Virgen de Ozentziyo?» Ante mi estupor, me invitó a subir a la cocina de su casa, una cocina inmensa de casa solariega con su gigantesca y envidiable chimenea y allí en un costado en una vitrina impoluta estaba la figura policromada de una doncella con las manos en actitud orante, con la mirada baja, rezumando humildad de esclava del Señor. Una imágen preciosa y sublime dentro de una unción sencilla y grandiosa a la vez.

¿Cómo estaba allí la Virgen de Ozentziyo?

El párroco de Oyarzun en aquellos tiempos de las guerras carlistas era D. Manuel Gabino Sein, fugitivo de su cargo por la persecución de que era objeto por los liberales. Ocupada la Iglesia de Oyarzun por las tropas, construyó en el monte una pequeña capilla y allí aunque por poco tiempo celebraba la Santa Misa y administraba los sacramentos al mismo tiempo que atendía a las tropas carlistas. Este «Bikayo Zar» era tío de D. José María Iriarte padre de Marichu y por miedo a que la Virgen de Ozentziyo fuera ultrajada en las incursiones liberales a la ermita, en algunos de los exilios forzosos del Cura Santa Cruz a Francia, cargó una noche la imagen en un carro de helecho y la puso a buen recaudo en casa de su sobrino a quien encomendó encarecidamente su custodia.

Y allí ha estado ciento y pico años, hasta que ha sido repuesta en la ermita reconstruida ocupando lugar preferente en ella. La visité en su prolongado destierro por unas horas ya que el mismo día la subieron a Ozentziyo.